

LA SUBJETIVIDAD EN LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA ARGENTINA

Por **Daniel Lutzky**

*"En toda vida humana debe sobrevenir
algo de confusión... y también
algo de luz"*

Milton H. Erickson

NADA A LO HUMANO LE ES AJENO

¿Qué es la práctica de la transición democrática sino la forma en que los hombres la viven? ¿Y que es vivir una transición?

Seguramente no es una idea (hasta el día de hoy las ideas no tienen vida propia), tampoco un cambio objetivo en sí mismo. Vivir una transición es sentirla, ser afectado por ella, transformarse, hacerla (aunque hacerla no signifique más que mirar la televisión). Es por esa razón que el término "opinión pública" para definir nuestro sujeto de estudio sería un poco limitado, justamente porque nuestro sujeto es "un sujeto" y no una teoría ni una cosa.

Entonces hay, en la evolución política de los hombres un más allá de la representación palabra, una praxis que escapa a las definiciones y está compuesta por afectos. Sin embargo, habla y se pronuncia, y dice si, no, acuerdo, no acuerdo, me gusta, no me gusta. Más aún, esta praxis funda las palabras y les da contenido, intensidad, tema y sentido. Solamente que después de pronunciadas y encuestadas, ¿qué es lo que queda? Algo que nada tenía que ver con la creación de esa "opinión pública". Unas letras de tinta negra sobre papel blanco, porcentajes, impresiones, es necesario que nosotros las leamos para rehacer el contenido afectivo, de sentido e intensidad de esos signos, que por sí solos no nos dicen nada. Entonces hay una doble "traición" en tratar de reflejar en un análisis la evolución de la opinión pública. La primera cuando escribimos nuestro análisis convirtiendo algo que es de un orden (afectivo) en otro (palabras), la segunda cuando el lector hace el proceso inverso, "traición" que es en realidad una doble creación, la de traducir en palabras aquello que va más allá de las palabras, y la de reconstruir en cada uno de nosotros ese sentido a partir de la lectura.

Esto sólo se puede hacer porque "eso" que vamos a decir ya está de cierta manera en nosotros antes de leerlo. Si en algo siente el lector que esta historia le corresponde, es porque ese proceso que vamos a describir (el de la transición democrática en nuestro país), es su propia vida.

1. LA GENESIS DEL DESEO DE DEMOCRACIA

LA RELATIVIDAD DEL TIEMPO.

¿Su propia vida? Nada le era más difícil al argentino en los primeros momentos de la transición democrática que referirse a su pasado o su futuro, a su propia historia.

El argentino no se pensaba en "transición". Transición implica un transcurrir, un pasado y un futuro; mientras que el argentino vivía sumergido en el "aquí y ahora", en un presente intemporal, sólo preocupado por lo que existe en el momento, cuyo modelo sería quizás, el del tratamiento de la actualidad por los noticieros, una actualidad continua y sin explicación, que seguramente al día siguiente no tendrá ninguna importancia y por lo tanto es pertinente preguntarse qué importancia tiene hoy. Un presente inesencial y ahistórico.

La historia, resignificada siempre por el presente, era en este caso una historia negada, un agujero negro, una imposibilidad.

UNA HISTORIA DIFÍCILMENTE PENSABLE.

Esa tendencia del argentino a sentirse en "el punto 0 de la historia" que siempre comienza, no es una tendencia natural del hombre de las pampas. Es una producción, valga la redundancia, histórica, de esa historia difícilmente pensable pero vivida y sufrida. Lo que vivió la sociedad argentina los últimos 15 años. Fue como una máquina trituradora de ideales y proyectos: la llegada del peronismo al gobierno en 1973, luego de 18 años de proscripción, y

la caída del mismo tres años más tarde en el medio de una profunda crisis económica y política; la ilusión de importantes sectores de las clases medias con la idea de "orden" de Martínez de Hoz, el período de la "plata dulce" originado en el auge financiero, la euforia del Mundial del '78 y el descalabro general económico a partir de 1981; la toma de Las Malvinas en abril del '82 por las FF.AA. argentinas, el auge nacionalista en todo el país y la derrota absoluta dos meses después; la sensación que la llegada de la democracia iba a solucionar rápidamente todos los problemas y las angustias personales, y la comprobación de que esto no es así.

De alguna manera los argentinos tuvieron cuatro novias, las primeras tres lo abandonaron y la última los desilusiona. Por eso hoy no solamente les cuesta "casarse", sino el simple hecho de "enamorzarse". No se pasa tantas veces de la escalera de la ilusión al tobogán de la desilusión sin sufrir cambios.

Cambios tanto o más profundos ocurrieron en el ámbito de su vida privada en el medio de la crisis general del país: la destrucción de las fuentes de trabajo, la caída de sus ingresos, la ruptura de las relaciones sociales, la pérdida de la ética con la cual los ciudadanos organizaban sus relaciones, el miedo, la pérdida del "sentido" tanto individual, a través del crecimiento económico y social, como general de la comunidad, la destrucción de la cultura entendiendo ésta como posibilidad de "construir dentro de sí" y compartirlo. Todo esto que sería muy largo de describir confluyó en forjar un sujeto golpeado, temeroso y disminuido en sus capacidades de acción.

Lo que queremos describir es un proceso de destrucción al mismo tiempo del hombre y de sus ideales (en lenguaje freudiano del yo ideal y del ideal del yo).

Quizás ahora se entienda mejor la dificultad de los argentinos en pensar su propia historia y de verse a sí mismos en un transcurrir con pasado y futuro, en pensarse en transición. A el dolor de la destrucción externa hay que agregarle el insostenible sentimiento de haberse identificado con ideales que cayeron, con proyectos que se vaciaron de contenido.

Y el dolor es lo que no se quiere recordar, con razón.

LAS FORMAS DE LA DESTRUCCION.

I.) LA DESTRUCCIÓN DEL NARCISISMO

El abandono de "las novias" y las dificultades personales, se conjugaron para destruir aquellas cosas en las cuales la gente depositaba su esperanza y se depositaba a sí misma, en sus intentos por superarse.

Esto provocó la destrucción del narcisismo, de las capacidades y la autovaloración del argentino.

De esta manera va desapareciendo, como una especie en extinción, el argentino omnipotente y el porteño "vivo y sobador".

No hay más que mirar la caras de la gente caminando por la calle, para darse cuenta que la sensación de potencia y de presencia que tenían los argentinos en otros tiempos desapareció para dar lugar a un personaje problematizado y angustiado.

La doble caída del hombre y de sus ideales colocó al argentino en una situación sin salida, ni se "salva" individualmente ni puede identificarse con un ideal colectivo que lo saque de las angustias cotidianas devolviéndole el sentido.

Sólo queda lo inevitable: la depresión y la queja, una queja que no es dirigida solamente hacia afuera sino también hacia adentro: la culpa.

II) LA CRISIS Y LA CULPA

Una encuesta hecha recientemente (RISC 1986, IPSA) señalaba que cuando a la gente se les pregunta de quién es la culpa de que la Argentina esté como está, la mayoría opta en primer lugar por la respuesta siguiente: "la culpa es de todos". Superando esta respuesta otros culpables potenciales como "los militares", "las multinacionales", "los partidos", etc.

Quizás la frase representativa de este sentimiento sea: "con esta gente no se puede hacer nada", "se necesita un cambio de mentalidad", "si vinieran los japoneses..."

La idea de que "se necesita un cambio de mentalidad" representa bien el sentimiento autoculposo colectivo en forma de propuesta que conlleva la desconfianza en el "otro", porque también es culpable.

El "lugar" en el cual quedaron después del proceso vivido durante los últimos años no es el mejor para que los habitantes se identifiquen con el rol de ciudadanos activos y creativos; cuando la creatividad, según Hannah Arenot, sería la fuente de las libertades públicas.

III) EL PROBLEMA DE LA CREATIVIDAD

De una manera bastante profunda esta destrucción de las capacidades colectivas e individuales influyó en las enormes dificultades del ciudadano para crear libremente, para imaginar, para hacer.

Alguien que se siente a sí mismo como fallado, y que siente a los demás como culpables difícilmente tenga fuerza como para participar muy activamente, sin un marco de contención muy definido. ¿Qué de bueno puede salir de mí mismo en relación con los demás que son igual que yo?

De ahí también la enorme delegación que el ciudadano hizo sobre la figura del Presidente, delegación de lo bueno y lo creativo; lo que le faltaba a esta sociedad (en el doble sentido de lo que no estaba presente y lo que era necesario).

Se comprende así que la gente tienda a criticar a "los que rodean al Presidente", resguardando la figura en la cual se depositan más las esperanzas de solución.

La segunda fase de las trabas en la creatividad está relacionada con el espacio insalvable que se instaura entre el decir y el hacer, de manera que la sociedad funciona como una sociedad neurótica en donde se dicen cosas, se hablan proyectos pero raramente se los lleva a cabo. Esto funciona tanto así que más de una vez, cuando algún proyecto es llevado efectivamente a la práctica, ese llevarse a la práctica es negado o simplemente "olvidado".

Si a lo primero que describimos, la autodesvalorización, y a lo segundo, la distancia entre el decir y el hacer, le agregamos la dificultad en accionar, producto de la situación de tipo depresiva que describimos antes, veremos lo difícil y compleja que es la participación en las formas de interrelación social hoy en día, y lo esforzado de aquellos que la llevan adelante.

IV) UN MUNDO ENDOGÁMICO

A medida que el proceso de destrucción avanzaba, que las formas de integración social disminuían, el argentino aprendió a defenderse encerrándose cada vez más en su pequeño mundo cotidiano.

La casa y la familia quedaron como los únicos lugares de resguardo, mientras que el exterior (la sociedad, el trabajo, el barrio) se tomaba cada vez más agresivo.

De esta manera a la reducción del tiempo hay que agregarle el achicamiento del espacio social y el sentimiento de desprotección frente a una sociedad peligrosa.

Cuando en una serie de entrevistas cualitativas se les hacía imaginar a los entrevistados un argentino, y se les preguntaba dónde vivía, invariablemente este personaje imaginario habitaba una casa chiquitita, conflictuado y con miedo.

V) EL TEMOR AL DERRUMBE

El temor al derrumbe, que se observa en los trabajos de investigación, así como en la vida cotidiana aparece como temor a algo que ya pasó.

El miedo a que todo se pueda desestructurar, a la fragilidad real o imaginaria del sistema democrático tiene sus raíces en una destrucción real acaecida años antes y de la cual ni los argentinos ni la Argentina han terminado de recuperarse, y en la debilidad de un sujeto que se siente disminuido, atacable.

VI) LA DEMOCRACIA COMO PACTO DEFENSIVO

Todos estos antecedentes que venimos de analizar están presentes en la forma en que la ciudadanía revalorizó la democracia como sistema, explican el tipo de identificación producida con la propuesta democrática.

La democracia venía a proteger ese pequeño mundo (en el cual todos vivíamos) del mundo exterior agresivo y sin reglas de comportamiento, sin control ni ética.

Ese pacto implícito y explícito que pedía el fin de la agresión estaba simbolizado en la figura misma de Raúl Alfonsín, hasta en sus actos anecdóticos como el hecho que en una de las concentraciones pidiera un médico para alguien que se había desmayado en la multitud. "Allí": individualizado, particular; "un médico": una protección que

garantice.

Parecía haber alguna relación entre opiniones democráticas y "vivencias endogámicas", los jóvenes, los viejos, y las amas de casa fueron más impactados por las propuestas de Raúl Alfonsín. El tema de una democracia "fuerte", expresa una demanda de este tipo por parte de la gente. La fuerza de la propuesta democrática era directamente proporcional a la fuerza que se le opuso hasta 1983.

VII.) LA TELEVISIÓN

La cantidad de horas que el argentino pasa delante de un televisor es una muestra de las transformaciones ocurridas en la vida cotidiana. Más allá de comparaciones internacionales, el índice de horas que la televisión está prendida en los hogares aumentó mucho en los últimos tiempos, recientes indagaciones hablan de más de 4 horas por día, y en algunos casos de amas de casa llega a las 9 horas.

Qué significa esto sino una depositación en las imágenes que corren por la pantalla de la energía, la participación, la relación con el mundo exterior, el contacto social.

La televisión actúa en muchos casos como una aspiradora de energía "sobrante", no utilizada en la creación individual y social al mismo tiempo que reemplaza el proceso de creación y captación de cultura de la persona misma por una inyección de una cultura colectiva ya preparada y masticada por los medios. Con excepciones, es la expresión de lo insignificante, fútil y pasajero, aquello de lo cual mañana no nos quedará nada, es decir de anticultura, si entendemos por cultura lo que permanece y se construye en el seno mismo del pensar y el sentir de los habitantes en una época determinada.

Por otro lado es el correlato exacto de las actitudes endogámicas de las cuales estuvimos hablando. Aquellas personas menos expuestas al contacto con el mundo exterior son las más expuestas a la influencia de la TV. A menor cantidad de "estímulos" exteriores, mayor posibilidad de concentrar los canales visuales y auditivos, "entrar en trance" hipnótico con la pantalla como reemplazo al contacto social.

LAS PARADOJAS DE LA DEMOCRACIA.

La transición a la democracia, la aparición en el horizonte de las necesidades de los argentinos de la estabilidad democrática, de las garantías personales y el fin de la agresión indiscriminada y sin control, está estrechamente relacionada con esta destrucción que venimos de describir. Esta es quizá la paradoja "madre" de las demás paradojas: la evolución política de la Argentina viene de la involución general del país, ¿cómo se consolida una democracia que nace del y en el medio de la mayor crisis de la historia del país? ¿Cómo cuando esta consolidación exige de la participación de los ciudadanos y ésta encuentra tantos obstáculos?

¿Cómo cuando ésta exige de la identificación de cada uno con los principios democráticos y la tendencia es a delegar en otro la capacidad de juzgar y decidir? ¿Cómo cuando la democracia produce maduración y ésta a su vez desconfianza en las soluciones y propuestas del campo de lo político?

2. EL PROCESO DE ILUSION Y DESILUSION.

Entre el momento de asunción del gobierno democrático en 1983 y el momento actual, 4 años después, pasaron muchas cosas. En nuestras indagaciones sobre el primer momento de la joven democracia veíamos con claridad lo que fue el proceso por el cual se depositó implícitamente en ese cambio la solución de sus angustias cotidianas, de sus problemas económicos, de protección y de "sentido". A medida que fue pasando el tiempo la percepción de estos problemas se fue transformando: la economía se controló a partir del Plan Austral, pero los ingresos de la gente no volvieron a los niveles anteriores a la crisis; desaparecieron los secuestros y la impunidad, al tiempo que la existencia de la democracia con sus límites para el "control" produce inseguridad; se recuperó la ética en las relaciones con el poder, pero la crisis de sentido y de creencias que produjo esta época no se superó con una propuesta ética que justamente niega el imperio de una creencia absoluta. De una u otra manera las angustias cotidianas no desaparecieron. Así conviven en la misma persona y en el mismo momento la ilusión y la desilusión, la angustia y la esperanza, proceso que se ve claramente en las encuestas cuando la gente defiende las propuestas globales y critica lo concreto, defiende a las Instituciones y critica a las personas que las componen, defiende la figura del Presidente y critica la de los Ministros. De ese proceso paradójico nacen dos expresiones de la vida cotidiana:

LA DEMANDA NO SATISFECHA: cuya expresión es la queja, el "síndrome de la promesa incumplida".

Cuando hablamos de la queja, no nos referimos a la queja por algún aspecto concreto sino a algo que hemos notado en nuestras investigaciones y que es la queja como expresión de un estado de ánimo particular. La dificultad en elaborar este síntoma (elaborarlo, no dejar de quejarse) está relacionado con dos problemas, que son en realidad dos "negaciones" en la percepción de este período de transición:

1. *Los límites negados*: habiendo ubicado la ciudadanía a la propuesta que ganó las elecciones en 1983 en el lugar del ideal lo que la gente no soporta es la no omnipotencia del ideal. Es más fácil soportar las imperfecciones o las limitaciones en uno mismo (en esta situación y momento) que las del ideal (la democracia, Alfonsín, el sistema democrático). Al mismo tiempo es muy común que aquellos de los cuales depende el funcionamiento del sistema democrático reciban este mensaje (que es una demanda imposible) razón por la cual tienen dificultades para demarcar con claridad los límites entre lo posible y lo imposible en el presente y el futuro de la transición.

2. *La historia negada*: Ya hemos hablado del imperio del "Aquí y ahora", lo que nos faltaba decir es que esta característica del "imaginario colectivo" es lo que dificulta poder elaborar la distancia entre el deseo y su satisfacción (siempre relativa), entre lo esperado y los resultados, entre la ilusión y la desilusión. En un mundo sin tiempo todo problema no solucionado es absoluto y no relativo en función de un mejoramiento o un cambio, Si uno es el punto de partida y diez el de llegada. para una visión sin tiempo sólo existe el malestar de lo que falta.

LA DEPRESION: producto de la destrucción de ideales y de la desvalorización de sí mismo trae consecuencias que están a la vista de cualquier mirada sobre las formas de interacción social: Una baja energía transformadora del contexto social o de la vida cotidiana, una visión relativamente primitiva en la mirada que los argentinos tienen sobre la sociedad y sus problemas, una desideologización general de lo político y un crecimiento de las actitudes individualistas (sin portar un juicio de valor sobre las mismas). Quizá el rasgo más significativo de la época en que vivimos sea la profunda crisis de creencias.

LA CRISIS DE CREENCIAS Y LA DEMOCRACIA.

a) Rol afectivo de la creencia grupal, ideología, identidad

En un trabajo reciente sobre la estructura de la creencia en algunos grupos estudiados, llegamos a discernir algunas características de rol de la misma.¹

- La creencia es un "principio único" sobre el cual se fundamenta la realidad, sobre el cual no se duda, bajo el cual desaparece la diferencia y se compacta el grupo.
- La creencia actúa de esta manera contra la angustia de dispersión, de fraccionamiento, de desamparo y de pérdida.
- Plantea el fin del sufrimiento, preserva lo investido de afecto frente a la presencia de la angustia y la pérdida, al designar el mal que hay que combatir.
- Designa "responsables" de transmitir la creencia a quien dirigirse y a quien escuchar.
- Produce un discurso que en sí mismo, transforma los afectos, reificando las ideas, dándole presencia a las ausencias en la idea misma, produce euforia y vitalidad, afecto que crece de sí mismo.
- Estimula frente al mundo una actitud redentora, restauradora de una felicidad perdida por medio del autosacrificio, eliminando la culpa.
- Frente a la realidad tiene una posición a-conflictiva que no admite crítica ni duda sino certeza, "euforia de presencia".
- Constituye el puntal de una ideología, si la ideología fuera el ordenamiento de lo que no se conoce en categorías vacías (a ser llenadas); la creencia es aquello que se conoce absolutamente (se siente) y en lo que se apoya toda construcción ideológica.
- Por último constituye una parte importante de la identidad de una persona, yo soy. Alguien que cree en...

b) Crisis de creencias y malestar

La situación de malestar que describimos en los capítulos anteriores sería menos grave si la crisis de creencias fuera menos importante, la desvalorización de sí mismo y las dificultades cotidianas serían más llevaderas.

El malestar expresa también esa dificultad en desplegar esa energía afectiva encerrada en el mundo reducido de cada

uno, en el cual tampoco se encuentran las satisfacciones que permitan ese despliegue. Esto se ve también reflejado en el crecimiento de grupos de creencia nuevos por su masividad, grupos de religiones nuevas, el auge de la atención al cuerpo, el psicoanálisis. En muchos casos actúa como salidas creenciales frente a la crisis de creencias general. Son manifestaciones de ese desplegarse de la afectividad que no encuentra otros campos donde crecer.

De allí que criticar indiscriminadamente toda creencia es un acto de destrucción del sistema de defensa que cada uno se construye frente a la angustia y a la banalidad de un mundo limitado. Esta profunda crisis de creencias plantea problemas de muy difícil solución para la coherencia interna de una sociedad que sale de un período de destrucción. La gente no cree y quiere creer. Pero ninguna voluntad, de la gente misma o de los líderes políticos o espirituales puede transformar a su deseo, lo que es el dominio más íntimo del hombre.

c) La crisis de las representaciones

Un rasgo muy fuerte de la cultura de la transición es cómo al mismo tiempo que se valoran muy positivamente las instituciones democráticas el ciudadano se siente poco representado por quienes las componen.

Los movimientos participativos reales o potenciales (deseos de participar) conciernen en general estructuras muy ligadas a la vida cotidiana, al mundo más cercano. El mundo de lo político es visto en general con desconfianza o con distancia. De alguna manera las estructuras políticas reciben el mensaje de la gente, siendo muy común la observación que hacen los militantes de base de los partidos: "cuando nos acercamos a la gente nos alejamos de nuestros partidos, cuando nos acercamos a las estructuras partidarias sentimos que nos alejamos de la gente."

En algún punto crisis de representatividad y crisis de sentido se unen para dificultar el trabajo de los partidos políticos, quizás la exacerbación de ciertos conflictos internos también esté relacionado con esto; la lucha por espacios de poder se agudiza cuando el mensaje a transmitir y los receptores de ese mensaje no están claramente presentes.

De esta manera, al igual que las creencias y los demás aspectos de la cultura política, también el funcionamiento tradicional de los partidos políticos está en crisis. En cambio, en evolución.

Sobreviven los renovadores de todos los partidos, se estancan aquellos que se mantienen aferrados a formas e ideas antiguas, y esto pasa en todas las grandes formaciones políticas.

d) Autonomía y heteronomía en la transición argentina

Es difícil posicionarse claramente frente a la democracia en relación con todos los problemas que de ésta surgen.

Hay una ambigüedad esencial en la democracia que molesta a quienes están necesitados de claridades absolutas.

La democracia como creencia implica, valga la redundancia, "creer en ella", convertirla en un principio único para regular y pensar la sociedad y la ética. Pero la democracia se resiste con éxito a la definición de creencia en la medida que implica el fin de lo absoluto y permanente, y en este sentido la idea de transición es componente de la idea de democracia. De esta manera conviven rasgos de autonomía: depende de nosotros, con rasgos de heteronomía: depende de leyes fijas. La crisis de creencias y el reconocimiento del otro como otro diferente, refuerza el deseo de autonomía en los orígenes del crecimiento del pensamiento democrático que hace eclosión en 1983, pero al mismo tiempo dificulta la identificación y consolidación de las normas democráticas en los ciudadanos, más tarde.

Conserva entonces esa ambigüedad sin la cual la democracia no sería. Es en cierto sentido una creencia a contra corriente de sí misma. En este proceso paradójico el rol decisivo lo tiene la evolución de la cultura política no como información sino como modo de percibir y actuar frente a los procesos sociales, modo que como hemos visto es esencialmente afectivo (no irracional), el gusto de lo racional siendo también un afecto. Acaso, como Castoriadis lo sugiere, el surgimiento de la primera democracia del mundo no tenía como telón de fondo una cultura en donde decidir y juzgar, aparecía por primera vez como obra de los hombres, productos (la democracia y la filosofía) del mismo proceso cultural de la Grecia antigua?

3. LOS NUEVOS HORIZONTES.

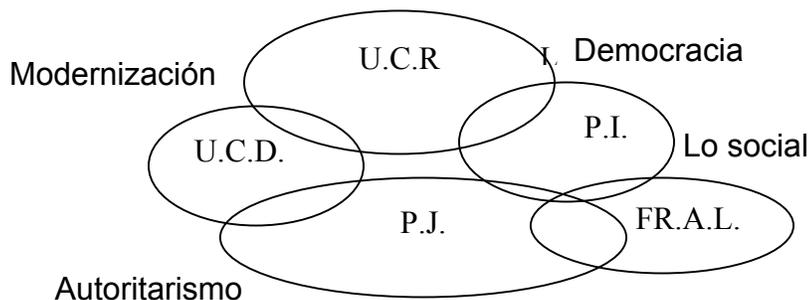
Los argentinos vivimos una profunda mutación en el modo de sentir y juzgar nuestra transición democrática.

"Buceando" en las profundidades de esa transformación encontramos como "marcos" que quedaron grabados en la gente, en las actitudes, en los modos de percibir, en las ideas. Marcos a través de los cuales podemos reconstruir un transcurrir relativamente preciso; el proceso de destrucción de creencias e ideales, de relaciones sociales, de la capacidad de acción. Al mismo tiempo observamos que lo nuevo, la democracia como idea central del imaginario

político argentino surge de lo viejo, como una consecuencia de la crisis de lo viejo. También vimos las trabas que ese origen del sistema democrático pone a su consolidación y el continuo cambio a que está sometido en la medida en que la crisis de la cual nació no terminó. Por último vemos cómo el círculo vicioso de la paradoja, o de las múltiples paradojas de la transición democrática en la gente, se transforma cada vez que surgen cosas nuevas.

LAS CULTURAS POLITICAS (O "NADIE ES PERFECTO")

Esta evolución revolucionó el espectro de las culturas políticas. En una reciente investigación sobre la culturas políticas en los estudiantes universitarios trazamos un diagrama de los temas que estructuraban la visión socio-política de los votantes.² Con distintas correlaciones de importancia, pero con la misma estructura encontramos estas culturas políticas en otros sectores sociales.



La cultura política de los estudiantes votantes UCR coincide en gran parte con la de los que no saben a quién votar, reflejando bien la evolución política de esta época del país. El tema central de estos sectores es el de la democracia, que es compartido a su vez con los votantes PI. Pero estos últimos tienen como valor estructurante "lo social" que comparten con las otras fuerza de izquierda y con los votantes peronistas. Esta línea de tensión entre los "valores democráticos", que son centrales para algunos y los "valores sociales", centrales para otro sector; más pequeño pero más activo, constituye uno de los dilemas más agudos del sistema de culturas políticas y explican en parte las problemáticas internas de las corrientes políticas hoy³. Más allá del deseo político de encontrar puntos de integración, la realidad de esta tensión en las culturas políticas produce continuamente desgajamientos y desplazamientos en uno o en otro sentido.

REALISMO Y ETICA (CONFUSIÓN Y CAMBIO)

La evolución de las culturas políticas plantea problemas inéditos.

Algunas tendencias se perfilan en la opinión pública con fuerza: el realismo como una actitud nueva hacia el mundo social, la importancia que la vida cotidiana adquirió para los ojos de la gente, el rechazo a las luchas políticas alejadas de los problemas que la gente vive, un cierto liberalismo progresista que pone en el centro del debate las libertades individuales, una mirada irónica hacia las creencias políticas tradicionales y el crecimiento concreto por encima de la "propuestas ideológicas", los *slogans* y las manifestaciones masivas.

La etapa del "realismo" se nos aparece como la consecuencia de la elaboración de la desilusión, los colores grises predominan sobre los negros de la desilusión o los blancos de la ilusión. Los juicios de valor se vuelven más perspicaces y las críticas más unidas a una visión de conjunto. El argentino empieza a pensar en el futuro aunque no lo vea como él quisiera, recupera lentamente el tiempo y el espacio social, no en el sentido exacto que algún político quiera darle, sino en un modo nuevo, particular, distinto a lo imaginado por nadie. El argentino de la etapa del realismo tiene un problema de conciencia, está acostumbrado a juzgar en términos absolutos, a criticar todo o a defender todo.

Esa ética no le sirve para juzgar y juzgarse hoy, tiene una nueva mirada sobre la cosas y no sabe definirla, tiene un problema ético profundo y por lo tanto un problema de identidad, "está confundido" y pide claridad.

Lo cierto es que lo que hoy está en juego es la construcción de un nuevo orden simbólico alrededor de verdades nuevas, que están creciendo en el interior de cada argentino, pero que para que se constituya en nuevo orden

simbólico tendrá que ser definido desde "afuera". Alguien podría decir que esto es malo, y otro que esto es bueno; para eso estamos en democracia.

Muchos de estos temas han sido trabajados y discutidos con Meyer Goodbar de quien he tomado apreciaciones y análisis sumamente interesantes, en particular en lo que hace a la constitución del tiempo y del espacio públicos. También agradezco a Gabriel Kessler y a Eva Goodbar por haber compartido muchas investigaciones en común. A Carmen Zayuelas, Mónica Marqwald y a Jorge Karol, de IPSA, a Francisco Delich.

¹ “Creer o reventar”, “De las creencias en el psicoanálisis, la religión y la izquierda”, 1986. Lutzky, Daniel.

² Encuesta U.B.A. 1986.

³ Este diagrama está hecho en base a los temas centrales que “estructuran la visión de lo político”, esto no quiere decir que los votantes U.C.R. no se interesen por lo social, ni que los votantes peronistas “no sean” democráticos.